

Capítulo 1

La nueva maestra

—Buen día chicos...
¡Soy la
nueva maestra!

La voz resonó en el aula.
Fuerte y fea.
Fea y fuerte.
Todos se asustaron.

—Mi nombre es Ariadna Tarantella.
Pero pueden decirme
señorita Tarantella.

Vera miró a **Luto**.

Luto miró a **Vera**.

Se sentaban juntos.

Por supuesto que se sentaban juntos.

Para eso eran hermano y hermana.

O hermana y hermano.



La **señorita Tarantella** entró en el aula
con pasitos apurados.
Atravesó la puerta, que estaba al fondo
pasó delante del armario con juguetes,
pasó por los bancos,
y llegó al enorme escritorio, que estaba adelante.

-La maestra de siempre no está
-dijo la **señorita Tarantella**-.
Yo la voy a reemplazar.
Y acá van a cambiar un par de cositas,
pero ya se van a dar cuenta solos.

Luto y **Vera** alzaron la mano.
Vera la izquierda.
Luto la derecha.



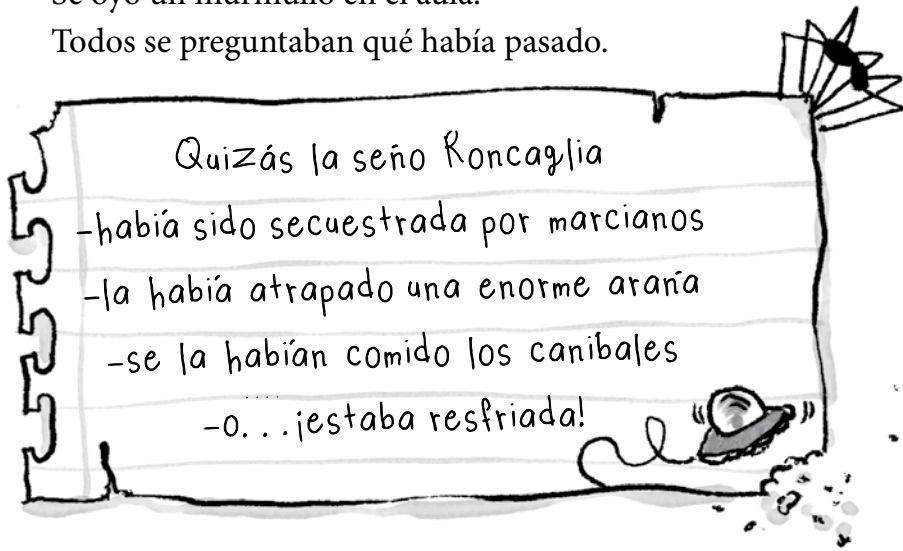
La **señorita Tarantella** se calló.
Miró a **Luto** y **Vera**.
Se le bajaron un poco los lentes
hasta la punta de la nariz.
-¿Sí? -dijo muy seria.

-¿Y dónde está la seño Roncaglia? -preguntó **Vera**.
-¿Y va a volver? -preguntó **Luto**.

-¡Eso no importa! -dijo la **señorita Tarantella**.
No importa dónde esté la señorita Roncaglia.
Sólo importa que acá estoy yo:

¡La **señorita**
Tarantella!

Se oyó un murmullo en el aula.
Todos se preguntaban qué había pasado.



En todo caso era muy raro
que la seño Roncaglia no estuviera en la escuela.
Porque la seño Roncaglia siempre estaba en la escuela.
Normalmente, a la mañana ya los esperaba
en el aula.
Pero hoy no.
Los chicos se sentaron como siempre en sus lugares,
pero la seño Roncaglia no apareció.

Y llegó la nueva maestra:

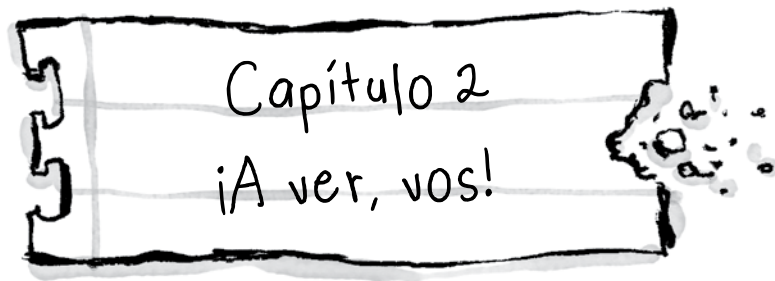


-La señorita Roncaglia no está
-dijo la **señorita** Tarantella-.
Pero yo sí.
Así que se olvidan de la "seño Roncaglia".
Y se aprenden "**señorita** Tarantella".
¿Está claro?

En el aula reinó el silencio.
Porque hizo una pregunta,
pero no sonó a pregunta.
Sonó a advertencia.

-¿Está claro? -volvió a preguntar la **señorita**
Tarantella.
-Sí... -respondieron muy tímidos.
-Muy bien -dijo la **señorita** Tarantella.
Y con el dedo índice se subió los lentes-.

**Entonces
podemos empezar.**



¡Qué aula más horrible!

La **señorita** Tarantella recorrió el aula con la mirada sentada detrás del enorme escritorio y tamborileando con los dedos sobre la mesa.

–Hay demasiada luz –dijo la **señorita** Tarantella–.

Así no se puede trabajar.

Con el dedo señaló a **Vera**.

–¡A ver, vos, chiquita! –exclamó–.

¿Cómo te llamás?

–¡Soy **Vera**! –dijo **Vera** enseguida–.

Y acá está **Luto**.

Mi hermano.

Porque somos...

–Bueno, ¡basta! –dijo la **señorita** Tarantella–. Con eso me alcanza.

–**Vera**... ¿podrías cerrar rapidito las cortinas?

Vera miró el dedo índice de la **señorita** Tarantella.

Era largo y delgado y huesudo.

Huesudo y delgado y largo.

Y tenía un anillo negro.

Un anillo con forma de araña.

Las patas de la araña abrazaban fuerte el dedo, como si tuviera que agarrarse para no caer.

Por un instante, a **Vera** le pareció que se movía una patita.

Pero eso era imposible.



Vera asintió.

Se levantó de la silla, se dirigió a la ventana, cerró las cortinas, y volvió a su lugar.

–Mejor –suspiró la **señorita** Tarantella–. Mucho, mucho mejor.